

á esa admirable espontaneidad que tenemos los españoles, cada dia hacen esas señoras nuevos amigos en el Prado. Un caballero que las ofreció una silla para los piés; otro á quien saludan porque un dia se bajó á cogerlas el abanico del suelo; otro que las acompaña casualmente, á todos les ofrecen la casa, y con ella su más fina amistad.

—¿Quién es ese que ha saludado usted? las preguntará.

—Un jóven muy fino, te dirán, que estuvo á nuestro lado la otra noche.

Á los pocos dias verás que las acompaña, y preguntará:

—¿Sabe usted ya quién es ese jóven?

—Sí señor, un sevillano muy despejado y muy caballero.

—Pero ¿de qué le conoce usted?

—De verle con un amigo nuestro.

—Pero ¿se le han presentado á usted?

—Nó, señor,

—¿Pues por qué permite vd. que las acompañe y le ofrece la casa?

—Porque vino hasta la puerta, y parecía en el orden.

Las consecuencias de esa pasmosa *comunicatividad* son funestas; pero la costumbre sigue en boğa, y no hay más que averiguar el origen de la mayor parte de las personas que visitan en muchas casas de Madrid y se verá eso mismo.— Uno que las acompañó con un paraguas al salir del teatro.— Otro que vino con ellas desde un

baile.—Otro que vá siempre con el del paraguas.... y en fin, el pretesto más futil basta para que el más rematado caballero de industria sea admitido en una casa honrada, donde despues que ha hecho algunas de las suyas, se ponen la mano en la cabeza y esclaman:—¡Quién lo habia de decir!... y parecia tan fino y tan caballero!

Despues del paseo nocturno del Prado, serán las doce de la noche, querido lector, y si te parece podemos retirarnos cada cuál á su casa. Habrémos pasado en Madrid todo un dia del mes de Julio, sin que nos queden ganas de cantar las escelencias del verano. Y podrémos decir, cuando nos hablen del placer de las madrugadas y de las delicias del Prado, que ámbas cosas se pueden dar por un momento de aquellos del invierno, donde á la luz de cien bujías se admira la esbeltez de un cuerpo gracioso y ligero, que recobra en aquella templada atmósfera la vida que perdió con los ardores del verano.

En ese desventurado mes no hay más fiesta que una sola verbena, la de Nuestra Señora del Cármen; pero se reduce á unas férias de santos de barro y tiestos de albahaca, frecuentada por los padres de familia y las taberneras: los primeros á desarrollar en sus hijos el órgano de la *destruccion*, y las segundas á comprar un par de macetas para adornar los vasos del mostrador.

Últimamente, y esta conclusion debe santificar este artículo, el dia 27, dia de San Pantaleon, acude el pueblo al templo de la Encarnacion, á besar una



ampolla de cristal, donde se conserva una gota de sangre del santo mártir, que todos los años se liquida por espacio de 24 horas, y luégo se coagula hasta el año siguiente. Así lo dice la tradicion, y así lo repite el que suscribe, sin quitar ni poner de su cosecha una sola palabra.

VIII

AGOSTO

El felicísimo consulado de Augusto César hizo que el Senado romano diese el nombre de *Agosto* al octavo mes del año, que en tiempo de Rómulo sólo tuvo 30 dias, y aunque en el de Numa quedó reducido á 29, Julio César le añadió dos dias de un golpe y quedó en 31; en cuya edad se ha plantado hasta mejor ocasion. El rio Nilo tiene la humorada de empezar á crecer el dia 1.º de este mes y baña con sus raudales las secas tierras de Egipto. El dia 2 es aniversario de la gran batalla que dió Aníbal á los romanos en Cannas, el año 216 ántes de Jesucristo; el dia 3 se cuenta que Nabucodonosor redujo á cenizas el templo de Salomon; el 4 de Agosto de 1435 se dice que la campana de Velilla anunció por sí sola el cautiverio del rey Don Alfonso; y en

fin, las efemérides de este mes, de las cuales no debe importar gran cosa á nuestros lectores, son de algun interés para los aficionados á saber lo que pasó en tiempo de Mari Castaña. Esas gentes, de quienes Dios nos libre, saben que Don Ramiro II mató ochenta y tres mil moros en los campos de Simancas el dia 6 de Agosto; no ignoran que el dia 13 de 1521 conquistó Hernan Cortés á Méjico; saben que Don Fernando el Católico ganó el 18 la ciudad de Málaga con once mil moros que estaban de guarnicion; se acuerdan de que el dia 22 hace 329 años que Medina del Campo fué reducida á cenizas por seguir la causa de los Comuneros; tienen muy presente que las armas españolas ganaron la ciudad de San Quintin el dia 26 de Agosto de 1557; y ahora que andamos á vueltas con los húngaros no hay quien ignore que el último dia de este mes se cumplen 308 años de la toma de la ciudad de Buda por los turcos.

Si hablamos de aniversarios fúnebres á esas gentes que buscan lo que han de ser en lo que los demás han sido, nos dirán que el dia 9 de Agosto de 1245 murió en Toledo su arzobispo D. Rodrigo Jimenez; el 10 nos recordarán el martirio de San Lorenzo; el 17 nos dirán que murió en Nola, César Augusto; el 21 se acordarán de la muerte alevosa que recibió Ataulfo en Barcelona; del célebre fray Luis de Leon, nos dirán que el dia 23 se cumplen 277 que bajó al sepulcro; que Don Fruela, rey de Leon, fué asesinado traidoramente en Cangas el dia 27, y últimamente, el dia 28 nos darán á leer

Lo cierto por lo dudoso, para decirnos que hace 214 años que murió el gran poeta Lope de Vega. Las mugeres eruditas y dadas á las efemérides suspirarán el dia 20 acordándose del robo de las Sabinas que Rómulo hizo en igual dia del año 752 ántes de Jesucristo. Y algunas gentes de vista más corta nos tirarian á cada paso de la pluma para hacernos recordar alguna efeméride, ménos remota, aunque no más importante que las citadas, en cada dia del año; pero nosotros decimos á todo eso que lo que fué y no es, como si no hubiera sido. Bien están las histórias en los libros y los libros en las bibliotecas. Nosotros no queremos turbar el reposo de los que se retiraron años há por no turbar el nuestro. Si el rey que rabió hizo mal, allá se las haya, y si hizo bien allá se las tenga. Nunca viene mejor aquello de que cada uno en su casa y Dios en la de todos, y puesto que nuestra vivienda es el presente, dejemos el pasado en los archivos, y el futuro en la cabeza de los profetas, oficio desacreditado y del que no entendemos una palabra siquiera. Reaumur tiene la oficiosidad de decirnos que estamos á 35 grados sobre cero, y aunque el *Diario de avisos* se toma el trabajo de quitarnos dos grados de calor, nosotros sentimos las consecuencias de los 35, y nos reimos de los que dicen que en Agosto frio en rostro.

Para sentir ese frio es preciso madrugar, y eso yá lo hicimos el mes anterior. Ahora hemos mudado de propósito, y aunque pensamos hacer alguna madrugada, será para *veranear* unos cuantos dias por

los alrededores de Madrid. Dirá el lector que eso es faltar á lo que nos habíamos propuesto, y que no pasamos *un año en Madrid* como habíamos ofrecido, pero no hay contrato que no tenga dos partes, y si el lector no hubiese roto la suya, á buen seguro que nosotros dejásemos de cumplir la nuestra. Dijimos en el artículo anterior que nos habíamos quedado sin auditorio, y justo es que queramos buscarle á todo trance. No irémos, sin embargo, á las playas de San Sebastian y Deva á hacernos oír por fuerza, de los que allí se defienden de los calores de la estacion, sino que nos limitaremos á ir y venir de los Carabancheles á los Madriles, y á Pozuelo, y á Leganés y á Villaviciosa, y tal vez al Escorial y acaso, acaso lleguemos hasta el real sitio de San Ildefonso. La iluminacion de los jardines y la corrida de las fuentes no son acontecimientos tan extraordinarios que le saquen á uno de sus casillas; pero tales cosas puede haber en la Granja que vayamos allá sin pensarlo ni saberlo!

Pero Madrid es ántes que todo, y miéntas haya gente por poca que sea, que el dia 1.º de Agosto visite la iglesia de San Francisco para ganar el jubileo de la Porciúncula, allí estaremos nosotros á rezar una salve á la Vírgen de los Ángeles, á pasearnos entre los tiestos de albahaca y las cestas de flores, y á comprar unas rosquillas, para que no se diga que dejamos de ganar el jubileo por ningun lado. Lo propio harémos el dia 7 con el glorioso San Cayetano, padre de la Providencia, siquiera nos digan que adoramos al santo por la peana. Y si el

lector quiere saber qué peana es esa, espere al año próximo y vaya á la calle de Embajadores, donde encontrará reunidos los restos dispersos de aquellas manolas, que caracterizaron un tiempo el pueblo de Madrid con sus costumbres y sus trages, y hoy han tenido la prudencia de suavizar las unas y condenar los otros al olvido. La concurrencia que invade el dia 7 de Agosto el magnífico templo de San Cayetano, aún sirve para ahorrar á los estrangeros de buscar las manolas en las estampas del tiempo de Moratin.

Igual estudio de nuestras antiguas costumbres puede hacerse la noche del 9 y la madrugada del 10 en los alrededores de la parroquia de San Lorenzo; y acudiendo á las monjas de San Plácido el 16 para tomar un panecillo bendito y pedir á San Roque que nos libre de la peste, habrémos cumplido con los santos más notables del mes. Pertenece al estado honesto y no tenemos necesidad de ir el dia 31 á comprar una estampa de San Ramon Nonnato en algun convento de mercenarios, para que no se malogre el primogénito de la familia. Por igual motivo no tenemos nada que pedir á San José Calasanz el dia 27, porque claro es que no teniendo hijos, nos ahorramos de recomendar su educacion al patron de las Escuelas Pias. Y en cuanto á los otros santos del mes, yá sabemos que el dia 4 de Agosto se enseña la pila donde se bautizó Santo Domingo de Guzman, y si nos viésemos atacados de calentura iríamos á pedir una pastilla de barro del santo pozo, que tiene virtudes anti-febrífugas.

Después de esos devotos aniversarios nos queda libre el resto del mes, y podríamos salir á tomar aires por esos pueblos de los alrededores de la Córte sin peligro de que nos hiciese sombra un solo árbol. Pero un acontecimiento extraordinario nos obliga á pasar en Madrid el dia 15. Nuestros lectores sabrán que se ha reproducido ese dia el gran espectáculo que se inauguró el 17 de Mayo del presente año, y no estrañarán que los llevemos por segunda y última vez á la Plaza de los toros. Una hiena que habia desafiado á dos alanos; un leon que venia del África á luchar cuerpo á cuerpo con un toro y una pantera que tenia aplazado un duelo á muerte con un caballo, esas eran las tres partes de la *gran lucha de fieras* ofrecida. El público habia olvidado yá el chasco del famoso tigre real de Bengala, y á prorata dió á los empresarios *catorce mil duros*.

Á las cinco y media de la tarde, la Plaza de toros ofrecia un cuadro magnífico é imponente. Llenas todas las localidades, se habian colocado dos mil sesenta sillas en derredor de la gran jaula dispuesta para la lucha, y no habia un solo asiento vacío. Los alrededores de la Plaza estaban llenos de curiosos que esperaban saber por telégrafo el resultado del combate, y los que habian apostado en pró ó en contra de tal ó cuál fiera veian llegada la hora de ganar ó perder aquel lote.

La hiena fué la primera que se dejó morder impunemente por los perros, protestando de una manera inequívoca, que no era fiera ni habia pensado en serlo nunca. Retiráronla de la escena, mordida y

ensangrentada, y salió en medio de la arena un toro natural de Coria del Rio, de hermosa estampa, de muchas libras, colorado y bragado en blanco, llamado *Caramelo*. Á primeras de cambio quiso abrirse paso rompiendo los hierros de la jaula: cosa que hubiera conseguido fácilmente á no acordarse de que le habia retado un leon y de que su fuga podria tacharse de cobardía. *Julio*, que así se llamaba el leon, se presentó en la plaza cautivando con su hermosura á los espectadores, y saltó encima de *Caramelo*; pero éste le sacudió un par de coces y lo recogió sin dignarse clavarle el asta. Rodó el leon por la arena y se levantó asustado, huyendo cada vez que el toro se le acercaba. Así pasaron media hora hasta que en cumplimiento de lo anunciado en el cartel vino el refuerzo del tigre jóven y hermoso, que tendido en el suelo y arrastrándose con traidora intencion, quiso saltar várias veces sobre el toro; pero éste se volvia citándole de frente, y el tigre, que no habia aprendido semejante manera de combatir en los estatutos de su familia, huia y esperaba ocasion de acometer por la espalda.

Largo rato estuvieron los tres artistas mirándose recíprocamente y yá el público no veia á ninguno de los tres. Ni á la autoridad ni á los empresarios les habia ocurrido ponerse de acuerdo con el sol, para que no se retirára hasta ver en qué paraba la lucha, y hubo que darla por terminada. Verdad es que si el público dice, como ha dicho, que si hubiesen empezado más temprano habria sobrado tiempo para el combate de la pantera y el caballo,

tambien podrá replicar la empresa que el cartel decia (si el tiempo lo permite) y el tiempo.... no lo permitió.

Con semejante acontecimiento no quedaron muy satisfechos los espectadores; pero se retiraron á sus casas, dejando la jaula convertida en una arca de Noé. Á última hora mandó la autoridad echar perros de presa y cinco cabestros, y fué preciso dejarlos á todos en pacífica sociedad hasta mejor ocasion. Algunos mal intencionados rompieron las sillas incendiando algunas y arrojando otras dentro de la jaula, y así acabó la gran lucha de fieras. La autoridad tomó despues disposiciones, multando á los empresarios en favor de las casas de beneficencia, y en la prensa periódica y en los cafés se ha discutido mucho sobre el particular. Afortunadamente el resultado de los dos espectáculos de esa especie verificados en Madrid impedirán que se aclimate una diversion que nos hace retroceder muchos siglos, que ataca á la moral y á la civilizacion y que familiariza á las gentes con escenas de sangre que tanto influyen en la estadística criminal.

El público ha hecho cargos á la empresa del espectáculo porque las fieras no lucharon, y en esto creemos que ha sido injusto; en lo que andaria acertado sería en decir que no hubo fieras. Los empresarios no podian responder de que las fieras luchasen; pero no debian de haber anunciado como lucha de fieras, lo que sólo ha sido una simple esposicion de animales; degenerados, porque desde pequeños los han debilitado las fuerzas, los han

hecho perder sus instintos y han entumecido sus miembros encerrándolos por espacio de dos ó tres años en una jaula. ¿Qué debía esperarse de un leon que viaja por todo el mundo con el domador, que come con él, y que obedece cuando se oye llamar Julio? Que cayese sobre los lomos del toro sin accion siquiera para sacar las garras.

Pero dejemos ese asunto confiados en que las luchas de fieras no han de figurar nunca en el catálogo de nuestras diversiones públicas, y emprendamos la ruta hácia los Carabancheles en cumplimiento de lo ofrecido. Á pié, á caballo, en la diligencia que vá y viene á todas las horas del dia, de cualquier manera podemos hacer el viage. La distancia es corta, y aunque sea en coche puede uno correrla sin cansarse. El carruage sale de la Plaza Mayor, y á las tres de la tarde es buena hora de hacer la espedicion siquiera por la buena calidad de los compañeros de viage. No hay más que un asiento desocupado, y es precisamente el que nos hace falta: los demás están abonados por toda la temporada del verano. Las mulas no quieren hacerse esperar, y á las tres ménos cuarto se han dejado uncir al coche. Los viajeros son diariamente los mismos.

Un hombre gordo que tiene permiso de su gefe para salir de la oficina á las dos y media de la tarde, viene jadeando con un pañuelo lleno de fruta; son los postres que lleva para comer con su muger y sus hijos, que los mandó á tomar aires á Carabanchel de Abajo. Preguntadle por qué lleva fruta y

os dirá que es lo único que falta en el pueblo; la carne la mandó por la mañana, y al instalar allí á su familia, sacó de Madrid arroz, garbanzos, chorizos, aceite, chocolate y otra porcion de artículos, por mayor. En cambio, las verduras, las ven pasar por allí á las gentes que las traen á vender á Madrid; caza no les falta si la compran en la plazuela de Herradores, y en cuanto á pescado fresco, allí mismo se vende un escabeche exquisito, capaz por sí solo de acabar con todas las salinas de España.

Los demás compañeros de viage son tan empleados, aunque no tan gordo como el primero, á escepcion de dos señoras que vienen diariamente á la Côte á bañarse. Llegado el coche al primero de los Carabancheles, quedan allí los que no siguen su ruta hasta Carabanchel de Arriba, y en ámbos puntos salen las familias de los viajeros á recibirnos. Adivinando quizás las interpelaciones de aquellas, nuestros compañeros de viage han procurado aprovechar la media hora que hemos pasado juntos, en averiguar quién es el que hace de víctima ocupando el único asiento alquilon del carruage. El primer cuidado de todos ellos, es manifestarnos que son parroquianos diarios de aquel elemento, llamando al conductor por su nombre, y diciéndole que avive á las mulas, porque han salido dos minutos más tarde que el día anterior. Luégo el empleado gordo se dirige á nosotros y dice:— Corre viento, me parece que no hemos de tener mucho calor en el camino.—El silencio que guardamos le obliga á ser más comunicativo y nos pregunta:—¿Es la primera vez

que viene usted al pueblo?—No señor.—Tendrá usted aquí su familia....—No señor.—Digan lo que quieran, se siente ménos el calor que en Madrid, porque teniendo cuidado de no andar por las calles á las horas del sol....

El pobre hombre agota todo su talento en averiguar quién es el nuevo compañero de viage, y cuando salta en tierra, en brazos de su familia, y le pregunta su esposa:—¿Quién es ese caballero? contesta:—No lo sé; pero debe de ser algun inglés, porque no he podido sacarle una palabra del cuerpo.—Porque eres un torpe, dice la esposa del empleado; todos los que viajan contigo son mudos.... ¡Ya se vé, sacas unas conversaciones tan raras!... Le hablarías del gefe de la oficina, y de otras tonterías por el estilo, y esa no es manera de hacer hablar á nadie.

La vida de los que van á tomar aires á Carabanchel se reduce á dar un paseo por la mañana, encerrándose en casa á las ocho hasta las seis de la tarde; porque como no hay sombra, ni árboles de donde venga, es preciso huir de algun modo de los rayos del sol. Por las tardes pasean por el camino de Madrid, á ver entre el polvo que levantan los carruages, las gentes que van y vienen; entran luego á refrescar en la alojería; asisten al teatro, si hubiere compañía, que no todos los veranos se da tanta dicha y punto concluido. Á todo eso los hombres suelen sentir el mismo calor que en la Córte, si bien en cambio se aburren algo más; pero las mugeres ocupadas en discurrir moños y galas para eclipsarse

mútuamente en el paseo y en el teatro, no saben si hace calor ó frio.

En Leganés, en Pozuelo, en Villaviciosa y en otros puntos donde se acuartela en verano una gran parte de la poblacion de Madrid, pasa poco más ó ménos lo mismo que en Carabanchel, modificado algun tanto en razon á la distancia de la Córte. Es decir, que cuanto más apartado mejor vida se hace. Todos tienen faetones y tartanas que traen y llevan pasajeros y víveres; en todos ellos el paseo que conduce á la Córte es el más concurrido, y en ninguno se hace la vida de campo tan decantada y tan apetecida. No falta nunca una familia á quien engañar para que con pretesto de tener piano en su casa, dé bailes los dias de fiesta; y esto que será muy bueno, pero que ninguna persona prudente lo hace dos años seguidos, divierte á todos ménos al amo de la casa. Él ha dicho al dar el *exequatur* que la reunion ha de ser de confianza, y es el primero á dar el ejemplo, recibiendo á los convidados en trage de casa. Su muger y sus hijas, si ámbas cosas tiene, le reprenden y le censuran; pero él les amenaza con retirar su palabra, y las mugeres por no perder un baile suelen resignarse á todo. Nuestros lectores habrán asistido á muchas de esas reuniones; pero no será del todo inútil que nosotros les copiemos una de ellas que presenciarnos poco há.

Figúrense ustedes que el amo de la casa es un magistrado cesante, ó cosa por el estilo, que en estos tiempos hay mil medios de ser cesante sin haber sido nunca magistrado. Ha alquilado una gran

casa, ó mejor dicho, una casa grande para la temporada del verano; tiene dos hijas jóvenes que tocan el piano, y en su casa es el baile todos los Domingos y fiestas de guardar. El magistrado ha dicho terminantemente que no quiere etiquetas, y que la reunion ha de ser de confianza, y bajo estas bases suelta las riendas de la casa en manos de su esposa. La primera disposicion del nuevo ministro irresponsable es mandar un propio á Madrid para que alquile una calesa y traiga un afinador de pianos; otro para que compre azucarillos, bizcochos y limones, y un aviso á todos los vecinos del pueblo para que lleven á su casa las flores de sus jardines. Eso es por lo que hace á las disposiciones públicas; pero en secreto le entrega al propio una carta para una amiga íntima, rogándola que la envíe cintas, adornos de cabeza, cuellos de encaje, y otras frioleras de última moda. Vuelven los emisarios, se afina el piano, se colocan los ramos de flores en la sala, y regañan al paleta porque se olvidó de traer unas bugías, que no le habian encargado. Pero todo lo suple una buena caballería, y vuelve el propio á la Córte en busca de luces, y al pueblo con ellas. Llega la hora del baile, que no es al anochecer como previno el amo de la casa, sino á las diez, y el magistrado juega al tresillo con el cura y el escribano en un gabinete ínterin su esposa y sus hijas reciben á los convidados. Las señoras vienen prendidas y almidonadas como si fueran á un baile de la Córte, y la que ha tenido la dicha de presentarse más elegante que las otras,

las oye decir que no han querido vestirse porque en un pueblo lo que se busca es franqueza y confianza. Unas á otras se examinan y se observan como si tratáran de embestirse, y se desahogan murmurando unas de otras con el caballero no ménos almidonado que las sirve de pareja en el baile.

Las de la casa son el blanco general de todas las conversaciones: si están muy amables, dicen que el padre da los bailes para negociar marido á sus hijas; si están sérias, que se dan importancia porque tienen piano y casa grande; si sirven limonada y bizcochos, que parece un visiton del siglo XVIII; si no dan nada, que para dar un baile á palo seco valdria más reunirse en medio del campo; si bailan, dicen que los caballeros las honran porque son las hijas de la casa, que de otro modo nadie se acercaria á saludarlas porque son feas y por añadidura tontas. Y en esto último dicen que tienen á quien parecerse, y la toman con la madre y con el padre, y con toda la familia, y no cesan de murmurar hasta las tres de la madrugada, hora en que se acaba el baile, y vuelven los besos de Júdas, y cada cual se retira á su casa. Últimamente, á la media docena de bailes yá ha tenido ocasion el magistrado de regañar con todas las familias del pueblo; y vuelve á la vida sosegada y tranquila que debió haber hecho desde un principio.

Otra de las espediciones que entretienen la sed de viajar de los que no pudieron dar con sus huesos en las provincias Vascongadas ó en Francia, es la llamada de los *reales sitios*, y consiste en pasar un

dia en el Escorial, dos en la Granja y uno en Segovia. Esa romería, como viage más largo, tiene yá otros accidentes que callamos por demasiado sabidos, y porque, francamente, á pesar de lo que dijimos al empezar este artículo, no nos sentimos con fuerzas para traspasar los límites de la provincia de Madrid. Por otra parte, la estancia de la córte en el real Sitio de San Ildefonso, hace que aquello sea ni más ni ménos que un pequeño Madrid, donde la aristocracia vive apiñada en malas posadas, pagando sesenta reales diarios por un aposento que vale dos, y haciendo una vida que podrá ser muy agradable, pero que de todo tiene ménos de las condiciones de la vida de campo. La libertad de los caballeros no pasa de los hombros; se reduce á llevar algo floja la corbata, y á gastar sombrero de ala ancha. Las señoras visten ni más ni ménos que en Madrid, aunque se adornan más, porque están seguras de no pasar desapercibidas.

La vida de los que se estacionan en el Escorial es mucho más animada y divertida. Tiene casi todas las condiciones de la vida del campo, y no se resiente tanto como la de otros puntos, de esa etiqueta impropia y ridícula á que se condenan todos sin ser del agrado de ninguno. En este sitio no se carece de ninguna de las comodidades de la Córte; y el clima, el sistema de vida y el trato de las gentes, que un año y otro buscan allí un asilo contra los rigores del verano, proporcionan una vida alegre y deliciosa, cuyos dias amanecen en la silla de Felipe II, continúan en los magníficos cláustros del monasterio, y

espiran en los jardines del mismo: en aquellos jardines, que podrán ser mejores ó peores, pero que á nosotros nos traen tan gratos recuerdos á la memoria, que no podemos seguir escribiendo este artículo. Nos sería preciso empezar de nuevo, y ni lo permiten las dimensiones de esta Revista ni lo que habríamos de decir pertenece en manera alguna á los lectores. Está bien en las hojas de nuestra cartera y no lo hemos de arrancar de allí por nada ni por nadie.

IX

SETIEMBRE

En vano quieren las flores sustraerse á los rigores del sol plegando sus pétalos y encerrándolos en el cáliz, para sufrir la incubacion de crisálida y gozar despues como la mariposa la benigna temperatura del Otoño. Las luchas que han sostenido las plantas con los ardores del Verano han sido estériles; sus fuerzas se han gastado inútilmente, y los vientos abrasadores que las robaron sus perfumes, no quieren esparcirlos en el áura suave de la más apacible de las estaciones. La tierra ha derramado hasta la última gota de su sangre por defender las galas de

la ribera; la sávia se ha evaporado lentamente, y desaparece en el momento de retirarse el enemigo. Una gota más de ese bálsamo de la vida vegetal, y las flores refrendarian su existencia hasta los últimos días de Octubre. Pero los jugos nutritivos dejaron de circular por el tallo de las plantas, y las hojas caen marchitas sin poder alimentar más tiempo la insaciable sed del sol de Agosto.

La vegetacion ha sostenido un sitio de dos meses, y sucumbe por fin á la vista del refuerzo que haria levantar el campo á los sitiadores. La suave temperatura del Otoño, fiel trasunto de la Primavera, no se ha presentado á tiempo de rejuvenecer los campos, evitando el encanecimiento de los arbustos y la muerte de las flores. Su blando aliento pretende en vano galvanizar los cadáveres de la vegetacion; tendidos sobre la seca arena los hallará el impávido mensajero del Invierno, y los vientos del mes de Noviembre, esparcirán por el aire sus amarillos restos, hasta volverlos al polvo de donde brotaron. Diciembre sonríe á corta distancia y se complace de que el mismo sol que hizo brotar las flores las haya asesinado con sus propios rayos. Ese parricidio le ahorra el trabajo de helar las plantas y se goza al considerar que podrá herir al hombre á cuerpo descubierto sin que haya arboledas que neutralicen sus designios.

Tal es el cuadro que ofrece la vegetacion al nuncio del Otoño.

El mes de Setiembre no se atreve á fecundar de nuevo la tierra, porque teme los rigores de sus her-

manos, y sabe que las semillas que abrieran su seno, confiadas en el benéfico aliento del Otoño, verían morir en flor sus esperanzas. La nueva Primavera vegetal sería inhumanamente sacrificada por el Invierno, cuya fría dictadura no consiente una sombra siquiera de calor en la atmósfera. Esas consideraciones le obligan á no producir nada nuevo y se limita á reanimar los restos de aquella generacion lozana que nació en el mes de Abril y se nutrió con las aguas de Mayo. Las pocas flores que libraron la vida en la derrota, prolongan sus días y exhalan por fin el último aliento en las áuras del Otoño.

No hay, pues, que buscar ni los encantos de la pradera, ni los aromas de los jardines; las damas de la vegetacion se alucinaron con la hermosura del sol, y su coquetería les hace caer en tierra abrasadas, como la mariposa que se sacrifica en la llama fascinada por sus resplandores. Los animales, que en su mayor parte han podido sustraerse á los rigores del Verano, son los únicos seres de la creacion que gozan las bondades del Otoño; las áuras de Setiembre, que no hallan una flor que las embalsame, recogen en cambio la alegre despedida de las aves, que se retiran á esperar en sus nidos la creacion del año siguiente ó emigrar á otros países en busca de la hospitalidad que les niega el clima del Mediodía.

El hombre se prepara en esa atmósfera de transicion á resistir los frios del Invierno, y siente que no sea eterno ese paraiso, en cuya temperatura

no le ocurre pedir ni un grado más de calor ni uno ménos de frío. Ni el sol le abrasa ni la sombra le hiela; los miembros no están entumecidos por el frío ni debilitados por el calor, y goza un bienestar material, contra el que nada pueden los temores del porvenir. Setiembre y Octubre le devuelven las fuerzas perdidas y le robustecen para la lucha que ha de sostener con Noviembre, Diciembre y Enero.

En Madrid, especialmente, los mejores monarcas del año son los meses que llevan las riendas del tiempo, en la estacion del Otoño. Su gobierno es una especie de justo medio entre la exaltacion del Verano, y el espíritu reaccionario y retrógrado del Invierno; y es de transicion porque no se ha consultado nunca el sufragio universal, en cuyo caso sería eterno.

Un grito muy conocido en la capital de España y del cual harémos mencion, aunque algunos lo tachen de vulgaridad, es el mensajero de esa deliciosa estacion. Cuando en los últimos dias de Agosto y primeros de Setiembre, se oyen pregonar por las calles las *avellanas nuevas*, no hay quien no sienta un estremecimiento de frío y dé por terminado el Verano. Disminúyese inmediatamente el consumo de la nieve, las horchaterías se cierran, los cafés se llenan de gente inamovible que acude á buscar la deliciosa bebida de los pueblos orientales, y si algun día el sol toma por su cuenta la temperatura, todos se rien del impotente despecho del Verano y á nadie le ocurre sudar como en los meses anteriores.

Los que salieron de la Córte á buscar un clima

más fresco en otros países, se apresuran á dar la vuelta, y olvidados de la justicia con que huyeron, se avergüenzan, al entrar, de haber salido. Pero los que se quedaron á defender la plaza, reciben á sus hermanos con los brazos abiertos, y un olvido completo de lo pasado hace que unos y otros disfruten por igual los beneficios de la amnistía de Setiembre. Todos se confunden en el salon del Prado, cuya concurrencia crece dia por dia, hasta volver á ser tan numerosa como en los meses de Abril y Mayo. Tornan las entrevistas amorosas, olvidanse los celos, témplase el rigor de las madres, crece el entusiasmo de las hijas, renace la galantería en los caballeros, y se incluyen en la bancarrota general las antiguas disensiones y las pasadas rencillas. Como la constancia no es la virtud que más distingue ni á ellas ni á ellos, el no haberse guardado fidelidad recíproca durante la ausencia, hace que ahora se amen con más fervor que nunca, y que tengan por nueva la pasion que yá les iba cansando de puro anciana. Las conquistas amorosas que han hecho los hombres en los baños no tienen consecuencias de ningún género; se encuentran en el Prado de Madrid con la muger á quien juraron un amor eterno en la playa de San Sebastian, y ella se sonrie y les saluda, y ellos la saludan y se sonrien. Fueron amores de temporada, y los juramentos no tienen fuerza alguna léjos del sitio en que se hicieron; la eternidad se entendia miéntas durase la estacion de los baños, y lo más que ocurre, es dejarlos en suspenso hasta el año siguiente. Ha parecido el inquilino en pro-

piedad, y el corazon abandona los huéspedes que tuvo en el viage.

Pero el paseo del mes de Setiembre no se prolonga hasta las once de la noche como en los meses anteriores; á las ocho yá está el Prado desierto, y las tertulias que disolvió el Verano, tratan de reorganizarse para el próximo Invierno. Esta operacion es todo un simulacro de las batallas electorales en los gobiernos representativos. Las tertulias del mes de Setiembre son trabajos preparatorios para las asambleas del Invierno. Los tertulianos se dividen como los hombres políticos en electores y elegibles; pero todos andan confusos y revueltos en las elecciones hasta los primeros dias de Noviembre, en que las tertulias quedan definitivamente constituidas. Para ser elector se necesita ser soltero, ó viudo, ó casado sin hijos; las cualidades del hombre elegible son de alguna más entidad y es preciso que además de ser casado, tenga hijas jóvenes y sala á propósito para las sesiones nocturnas de los electores. Hará juramêto de no asistir nunca al teatro, ni de faltar de su casa una sola noche, á ménos que no avise con anticipacion á las personas que *le favorecen* diariamente. No se le permitirá tener mal humor, ni estar triste á las horas de la tertulia, y se le prohíbe adelantar los relojes de su casa para que los tertulianos se marchen ántes de la hora ordinaria. En fin, el resultado de esas juntas preparatorias, es lo que las distingue de las elecciones políticas. Cuando se trata de ejercer el derecho electoral entre los ciudadanos, la víctima es el elector,

y el verdugo el elegido; pero en la eleccion de los tertulianos es á la Inversa; el que elige una casa donde pasar las noches del Invierno es el verdugo, y la víctima es la persona elegida para dejarse *favorecer* con la visita diaria de sus amigos y de cuantas personas se dignen éstos presentarle. Más adelante, cuando el frio despeje las calles y nos obligue á buscar la sombra de la luna entre cuatro paredes, inspeccionarémos esas tertulias. Hoy no sólo podemos, sino que debemos andar al aire libre, para disfrutar las escelencias de la deliciosa temperatura del Otoño, y no pensamos pasar un solo momento en nuestras casas.

El dia 8 del presente mes pasamos la tarde en la ermita de Nuestra Señora del Puerto, situada á la orilla izquierda del Manzanares, cerca del puente de Segovia. Los asturianos residentes en Madrid nos han llevado allí al són de sus gaitas y tamboriles, para que los veamos bailar la *danza prima*, al pié de aquella frondosa arboleda, y entre los puestos de escabeche y fruta con que se regalan las marusas que acuden á tomar parte en la broma. Es de rigor que esta romería se disuelva á garrotazos porque el vino hace iguales efectos en los hijos de Pravia que en los de Piloña, y resulta una aplicacion de la ley fisica que dice: «fluidos semejantes se repelen y desemejantes se atraen.» Á los gritos de viva Pravia, enarbolan los garrotes de los que piden que viva Piloña, y escepto algunos que duermen en la cárcel, todos se retiran á sus dormitorios, á reponer sus fuerzas, para continuar al dia siguiente la noble

mision de surtir de agua las casas del vecindario.

Despues de esa fiesta no ocurre ninguna otra notable; ni fuera fácil que semejante cosa sucediera, porque un acontecimiento extraordinario, célebre y y único en su clase, absorbe los ánimos de los madrileños el resto del mes, llevando sus consecuencias hasta los primeros dias de Octubre. Los lectores saben yá el suceso á que aludimos, y nuestros amigos, que desde que empezamos á escribir estos artículos, nos han envidiado la honra de bosquejar el presente, no se asombrarán de lo que les vamos á decir. Vamos á hablar de *las férias de Madrid*, y al efecto pedimos al lector un voto de confianza, para cortar la pluma, renovar la sangre del tintero, dar grasilla al papel, mullir el almohadon de la silla, pasarnos la mano por la frente, para disipar las nieblas del entendimiento, y quemar un tabaco imperial digno del cronista de tan grandes acontecimientos.

Que en la villa de Valladolid, á 18 de Abril de 1447, espidió el rey Don Juan II un privilegio haciendo merced á Madrid de dos férias francas en los dias de San Mateo y San Miguel, cosa es que saben de memoria todos, y no hay por qué decirla. Que esa concesion fué en recompensa de haber quitado á los madrileños las villas de Griñon y Cubas, para dárselas á un criado de palacio, como noticia digna de saberse no hay por qué callarla. Y últimamente, que por alcanzarse esas férias la una á la otra, se usa la voz en plural y no en singu-

lar, como es costumbre, ni está bien el decirlo ni el callarlo, y lo dejamos por lo mismo á eleccion de los lectores, al que le estorbe lo borra y al que no le importe lo deja y sigue adelante. Eso mismo hacemos nosotros. Pero cátense ustedes que el señor corregidor ha madrugado algo más, y yá ha remendado las esquinas de las calles con bandos al efecto.

Dice en ellos *pro fórmula*, lo que era tan bueno para dicho como para escusado, y es que las férias empiezan el dia 21 de Setiembre; y añade que se celebra en la calle de Alcalá el mercado de los trastos nuevos, y en todas las de Madrid la de los viejos. Esta disposicion es de importancia, porque algunos años han ido á parar al paseo de Recoletos, á la Plaza Mayor y hasta á la plazuela de la Cebada. Pero eso se entiende con las novedades del dia, porque los muebles viejos han tenido siempre libertad para tomar el sol donde más les ha convenido; hasta este año de 1849, en que se ha señalado un número de plazas para la colocacion de las antiguallas, respetando los derechos de la calle de Alcalá, que la prensa periódica ha defendido con el mayor empeño. La academia de Nobles Artes aprovecha la concurrencia de los forasteros, para abrir durante las férias una esposicion pública de pinturas, donde se ven los adelantos de los jóvenes que se dedican á tan honrosa profesion. Y á la puerta de los almacenes de quincalla y juguetes de niños, se ven unos enormes cajones que dicen á los padres de familia. — «Yo acabo de llegar de París, cargado de chucherías para que feries á tus hijos.» Esto no siempre

es verdad; porque aunque los objetos extranjeros que allí se venden, alguna vez han de haber venido, hay algunos que llevan en Madrid los años necesarios para que se le dé carta de naturaleza española.

Pero no nos entrometamos en la conciencia de los mercaderes; cuando la nuestra, que comerciantes de letras somos, nos grita para que sigamos adelante. Hemos gastado mucho tiempo en el preámbulo de esta revista, y quizás nos diga el lector que *en Setiembre calabazas*. Y si tal cosa nos dice será por exceso de bondad ó por temor de que le preguntemos qué razon tiene el pueblo de Madrid para vincular esa fruta en ese mes, en un refran tan de todos sabido, como por nadie explicado. Nosotros, por si acaso, huirémos la ocasion de llevarlas, poniéndonos de un salto en la calle de Alcalá, en los primeros dias de las férias. Afortunadamente es Domingo el dia que hemos elegido para ese paseo, y no nos queda nada que desear.

Desde las ocho á las diez de la mañana, el vendedor que limpia los juguetes de su tienda ambulante, se santigua con la peseta que le da una vieja por el caballo de carton que compró á su niéto, á quien llevó á la fèria despues de misa; en el puesto de enfrente compra unas ligas bordadas para su novia, un lugareño que trajo á la Côte el dinero de ese obsequio y el de medio celemin de nueces, en una carga de patatas; la criada de servicio lleva media libra de carne ménos que de ordinario en la cesta de las provisiones, y compra una trompetilla de hoja de lata, para cada uno de sus señoritos; con

ese obsequio la madre de los niños no la negará el permiso para salir con el novio aquella tarde. Desde las diez hasta la una, los forasteros se cansan de dar vueltas por entre los cajones donde se venden los muñecos, compran melocotones y avellanas, y se atreven á hacer con sus *fraques* lo que no habian hecho en los 15 años, poco más ó ménos, que cuentan de vida aquellas prendas, á sudarlos y perderlos el respeto comiendo fruta sin quitárselos del cuerpo. Más tarde invaden la calle las gentes de la clase media, que ántes de las tres vuelven á sus casas cargados de melocotones y de acerolas, para dejar el campo libre á los aristócratas, y á los que por parecer tales hacen de tripas corazon con grave perjuicio del estómago. Esa gente va allí todos los días que dura la fêria desde las tres á las cinco de la tarde, y forma su estrado al extremo de la calle, donde yá no hay más figuras de venta que ellos mismos, que como en todas partes se venden recíprocamente á plazo y á descubierto, sin más garantía que un saludo.

Las sillas del Prado que yá conocen sus mañas, pónense allí á su disposicion, bajo palabra de no decir una de las muchas que oyen, y si los que están sentados murmuran del que les saludó al pasar, éste hace lo propio ántes y despues de haberles saludado. Pero como la murmuracion es uno de los primeros oficios que el hombre declaró noble al constituirse en sociedad, no hay por qué estrañarnos de que se ejerza en tiempo de fêrias como en las demás estaciones del año. Y áun quizás no haríamos mal en

decir, que no es en esa época en la que más trabaja la lengua de la crítica, porque como hace algun tiempo que las gentes del paseo no se han visto, se parecen ménos ridículos los unos á los otros. Tienen por otra parte necesidad de estrechar los vínculos para pasar mejor las noches del Invierno, y la adulacion roba algun tiempo á la cristiana tarea de *cortar vestidos* al prójimo. El paseo de la temporada de las férias es, por esas razones, el mejor que tiene Madrid. La bondad del clima permite que á mitad del dia y bajo el cielo más hermoso del año, brillen los ojos negros, y perdónennos las rubias, de las beldades de la Côte. Las importunas manteletas, no vienen á redimir nuestros corazones del dulce cautiverio de un talle, cuya posesion nos haria envidiables á los ojos del universo entero; y graciosas, esbeltas lucen las hermosas todos los encantos que las dió el Cielo.

Antes de concluirse el paseo de la elegancia, la calle de Alcalá está intransitable. Gente de todas especies la invade hasta las ocho de la noche; desde cuya hora, hasta las diez, hay otra sociedad diaria, presidida por aquellas familias que en el Verano forman tertulias en el salon del Prado; y al reclamo acuden muchos militares, y otros jóvenes que no están de servicio á aquellas horas en la oficina.

En ese mismo dia, como en todos los demás, desde el 21 de Setiembre al 4 de Octubre inclusive, entra y sale la gente desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde en los salones de la Academia, á ver la esposicion de pinturas; pero

esto no sólo merece párrafo aparte, sino visita especial que haremos en el artículo del próximo Octubre. Ni ese asunto puede tratarse con ligereza ni estaria bien hacer esperar por más tiempo al mueblage de nuestros antepasados, que, espuesto á la intemperie en las calles y plazuelas, aguarda nuestra visita. Darémos un paseo por Madrid, siquiera tengamos la incomodidad de andar por enmedio de las calles para dejar libre la acera á los prenderos.

La primera dificultad con que tropezamos al salir de casa no debe arredrarnos. El zapatero del portal nos enseñará la brecha practicable de la muralla de trastos viejos, que defiende la entrada de la casa. Sin que nosotros le comuniquemos nuestra estrañeza, él la adivina y nos dice:

—Señorito, los probes hemos de hacer á todo.... Me ocurrió sacar un tablado de cama y un fregadero, que no me servian para nada en casa, con ánimo, de ver si los vendia en estas férias, y, sin saber cómo, he reunido aquí una prendería. Todos los vecinos me han dado muebles para que los tenga de venta, y me dan el ochavo de cada real que les entregue luégo. La señora del piso principal me ha dado ese costurero antiguo; pero que está nuevo aún, porque su madre (que esté en glória) le usó poco tiempo y ella no se ha atrevido á tocarlo despues. Yá se ve ¡como que tiene una muger para que recosa todo lo que se ofrece en la casa! Pues el abogado de enfrente me ha dado una mesa de nogal macizo que tiene yá muchos golosos; pero la ha puesto un

precio muy subido. ¡Toma!... es lo que él dice, como no le hace falta para comer!... La vende únicamente porque como desde que llegó á empleado no despacha pleitos ni escribe en su casa nunca.... para qué la quiere!... También tengo muchos libros suyos; pero los que están en esa espuerta me los ha traído á vender, sin que lo sepa su padre, un estudiante de Medicina que vive en la casa de la derecha. Y si viera usted qué ganas se me pasan de leer uno que dice *Roche* y *Sanson*, porque yo no sé quién fué ese Roche; pero tendría tanta fuerza como su compañero.

—Y ¿por qué no lo lee usted? le preguntamos al pobre zapatero, que creía hallar las proezas de Sanson en un libro elemental de *patología*.

—Porque temo abrir las hojas, y si luego no se vende la obra!...

—Pues qué ¿están sin partir?

—Si son todos nuevecitos.... ¡Oh! es un jóven muy listo el estudiante, y con media vez que los haya visto por el forro le sobra para saber más que los libros.

Reímos del improvisado prendero, y derribando al salir una silla, que no esperaba otra cosa para disolverse completamente, nos lanzamos á la calle, deteniéndonos á examinar las barricadas que habia en ella.

A la puerta de una prendería, cuyos muebles habian salido hasta el arroyo á recibir á los parroquianos, vimos un desvencijado fregadero de cocina, destinado á sostener un armario del tiempo

de Carlos II, cubierto de preciosos embutidos; y en el que un *artista* moderno habia puesto el visto bueno con una cerradura que cubria la cuarta parte del armario; mas allá una mesa de nogal que tendria cien años de existencia, avergonzaba con su robustez á otra prójima, concluida de construir dos dias ántes, y llena yá de grietas y quebraduras que le habian costado diferentes chasquidos. Una cama de matrimonio, que á los 15 años de viuda, se habia resuelto á vender una señora de 60; un espadin de cazoleta que habia conservado por espacio de 12 años el ex-portero mayor de la sala de alcaldes de casa y córte; y multitud de objetos diversos, se hallaban estendidos delante de la prendería. Sus dueños, á quienes la estrema necesidad les habia hecho malvender aquellas antiguallas, se contentaban con pasar todos los dias á verlas, y tenian un placer al encontrarlas aún en poder del prendero.

Los libros y los cuadros suelen andar revueltos con las demás mercancías en tiempo de férias; pero tienen además sus puntos de venta especiales, particularmente los primeros. En estos sitios, no faltan nunca eruditos que salen á la calle esos dias, á buscar nuevas indigestiones literarias, y pasan todo el dia leyendo títulos, y hojeando mamotretos, para ver si encuentran la edicion tercera ó cuarta de una obra de la que yá suelen tener 15 ejemplares distintos. Y vuelven á su casa locos de alegría si hallan una edicion de un libro, que aunque sea de la misma fecha y del mismo punto que otra que tienen yá, lleve en la portada el nombre de

impresor, ó las señas de la casa donde se vendía, ó cosas de menor importancia. Entre esos bibliómanos, se quieren confundir otros pedantes de quienes al momento se sabe, que lo que buscan en aquel puesto de libros es aprender de memoria una docena de títulos, para encajarlos cuando venga al caso y cuando no venga tambien.

Además de esos libros, colocados en estantes de pino ó sobre tablados de cama, hay otros muchos que por su tamaño ó por su escaso mérito se venden chicos con grandes á *peseta*, *media peseta* y á *real*. Estos reposan sobre el suelo, hacinados como los melones, y como éstos, se dan á cala. Todo el mundo es dueño de acudir al reclamo del mozo que dice:—Yá van á dos reales los de á peseta!... á dos reales libros! Á nadie se le impide llegar al monton y pasan el dia cogiendo y soltando libros, dejándolos por fin todos donde están si ninguno de ellos le acomoda. De este género barato compran hasta los que no saben leer, pero que han oido decir que el mejor amigo es un libro, y no quieren perder la ocasion de comprar por un real lo que Diógenes anduvo buscando con un candil sin poderlo hallar. Además, y esto se lo oimos decir á un lugareño que compraba un dia dos libras y media de libros viejos, «puede uno tener alojado en su casa y conviene darle libros para que se entretenga y no pase el tiempo requebrando á las mugeres. (*Una voz al paño.*) ¡Cuántas personas suprimirian las librerías si no recibiesen visitas que notasen la falta de ese adorno en el gabinete!

En cuanto á los cuadros que se venden en tiempo de férias la mayor parte son retratos de personas muy conocidas.... de sus respectivas familias, y que únicamente por la fecha de los trages que visten pueden ser dignos de atencion. Los inteligentes admiran en algunos de ellos el colorido de tal ó cual pintor célebre, y los que quieren pasar á los ojos del público por personas de pró en la materia, los contemplan á diferentes distancias como suponiendo que buscan el punto de vista y la luz del cuadro, y no conocen que lo que más prisa les corre de hallar son las luces naturales de su cabeza. Véndense algunos de esos cuadros á personas que necesitan buscar en los retratos de familia, lo que no ha podido darles el dinero, y el que fué en vida, familiar del Santo Oficio, y se llamó D. Pedro Retroceso pasa á ser una de las víctimas quemadas por órden del Santo Tribunal y á llamarse D. Juan Avance, en la sala de un caballero de industria.

Últimamente, lector, las férias duran, como dejamos dicho, hasta el 4 de Octubre y algo más; respetemos los derechos de ese mes y no nos introduzcamos en sus dominios. Por hoy se suspende esta discusion, y en las primeras líneas del próximo artículo se continuará la órden del dia.

X

OCTUBRE

La benígna temperatura que empezamos á disfrutar en los primeros dias del mes anterior, y el cielo trasparente y azul del Otoño, continúan inalterables á la hora en que escribimos estas líneas. El marchifollage de los árboles aguarda indefenso la hora del suplicio, perdida yá la última esperanza de vida que alimentó al sentir el dulce influjo de la nueva atmósfera. Las pocas plantas que lograron saludar la aparicion del Otoño sienten yá debilitarse sus fuerzas, y doblan la cabeza hácia el suelo que ha de recibir sus amarillos despojos. Pero á la vista del hombre, la vegetacion no ha retrocedido un solo paso en todo el mes trascurrido desde que el sol de Agosto recogió sus destructores rayos. El engañoso verdor de la corteza oculta el fuego interior que ha secado el corazon de la planta. Aún no han venido los vientos frios de Noviembre á helar la última gota de sávia que sostiene las hojas adheridas al tallo, y la vegetacion no ha llorado su muerte rasgando sus vestiduras. Setiembre y Octubre han formado un solo imperio, respetando lo existente,

sin atreverse á emprender reformas que el tiempo no les permitiria terminar. La hora en que la vegetacion se entrega al descanso para pasar durmiendo los meses de Noviembre, Diciembre y Enero se aproxima, pero no ha llegado aún. Nosotros no queremos anticipar á los lectores el triste espectáculo de ese inanimado panorama, y dejamos para el próximo artículo la autopsia de ese cadáver que recobrará nueva vida con el mágico galvanismo de la Primavera.

Sigamos mientras tanto nuestro paseo por las calles de la capital.

Las aguas que cayeron en los últimos dias del mes anterior, no dejaron que las gentes continuasen visitando los museos de antigüedades establecidas en las plazuelas, y los trastos viejos, que al parecer se honraban mucho con nuestra presencia, obtuvieron del señor corregidor una próroga de ocho dias al plazo fatal que espiraba el dia 4. Esta es una gracia que á fuerza de años ha venido á ser un derecho, y cuando no hay lluvia que justifique la próroga, hay próroga que trae consigo la lluvia. Es decir, que los feriantes tienen siempre abierto el tribunal de apelacion, llueva ó no llueva, y si las nubes no han podido traer agua ántes del 4 de Octubre, las mercancías no se retiran de la fèria hasta que se mojan. Los madrileños no suelen andar con grandes escrúpulos en tiempo de fèria y arros-tran los rigores de la estacion, saliendo á la calle á todas las horas del dia; yá los hemos visto pasear por la calle de Alcalá rompiendo nueces y mondando

melocotones. En las otras calles y plazuelas de la capital, tambien los hemos observado registrando libros y parándose á reir ante las papeleras del siglo XVII donde se guardaron los pergaminos, única nobleza de más de cuatro caballeros de industria. Hoy nos vemos comprometidos, por la citada á nuestros lectores en el artículo anterior, á seguir al pueblo de Madrid en su visita *artística* á la Academia de Nobles Artes.

La esposicion de pinturas contemporáneas que los profesores y aficionados envían todos los años á los salones de la Academia, es lo que lleva allí las gentes, y todos los dias, desde el 21 de Setiembre al 5 de Octubre, están abiertas al público las puertas del santuario artístico desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde. Si nosotros fuésemos á ver los cuadros sabríamos la hora que habíamos de elegir al efecto, pero como nuestro objeto es *ver cómo los ven* los demás, nos hallamos obligados á entrar en la Academia más de una vez y á distintas horas. El verdadero aficionado, el que ansía saber los adelantos de nuestros pintores, acude á primera hora para que la gente no le impida colocarse en el verdadero punto de vista de cada cuadro; el que por el contrario, lleva la idea de darse en espectáculo y de decir cuatro bufonadas delante de cada obra, ese necesita auditorio y va cuando la concurrencia es escesiva. Hay otros que van porque no se perdonarian á sí propios el dia 6 de Octubre, no haber entrado una vez siquiera en los salones de la Academia, y otros, en fin, por motivos más *frá-*